

Anecdotario sobre el Servicio de Medicina Interna

A. Salido Sánchez

La verdad es que no sabría realmente cómo calificar a aquel Gerente, venido de Valladolid y fichado por el Presidente de la Diputación de turno, pues desconozco la fi-

nalidad de su contratación y el plan que se proponía realizar. No puede decirse que su paso por Jaén fuera muy fructífero, pero es obvio que introdujo un componente de disgusto y afrenta para los profesionales médicos del hospital, aunque sólo fuera por su remuneración –30.000 pesetas al mes, o sea 1.000 pesetas diarias–; ello significaba que obtenía cada día el sueldo que un médico interno en una mensualidad. Total, que no tardó mucho en seguir su camino, una senda precedida por una poco exitosa oposición a Inspectores de la Seguridad Social; digo esto, porque en las poblaciones pequeñas como Jaén nos enteramos de todo o casi todo lo que se comenta.

Por nada de este mundo quiero molestiar a ninguno de mis compañeros,

Al hospital de Jaén un Gerente ha venido se hospeda en el Decanato que es un sitio distinguido No conocemos su gracia pero por ser guapetón le llamamos Baldomero como el de la Televisión

aunque los recuerdos de aquellos inicios están oscurecidos por la pátina del tiempo y pueden no ser por entero conformes con la realidad de los hechos acaecidos antaño.

Y no es que de forma obligada tenga que hacer una relación cronológica de todos los compañeros que pasaron por el Servicio de Medicina Interna, sino de algún modo aludir a aquéllos con los que he coincidido, me he relacionado con más asiduidad y me he identificado.

I

Con *Juan Solís* mi relación fue excelente en todo momento, facilitada por su carácter afable y cercano, aunque no coincidiera con él mucho tiempo. A lo que me sé, podría haber sido el verdadero compañero de Sillero, en atención a su edad y experiencia en Medicina Interna; su dedicación a la Administración propició que yo pudiera conocer una colección suya de

electrocardiogramas que había en el hospital, al tiempo que colaboraba con el Jefe José Sillero en la selección los casos clínicos.

Su afición a la mecánica, junto a los herreros Hermanos Delgado y a Tomás Fernández, gran cardiólogo y gran persona, acrece la valoración de una personalidad polifacética, que no se limitó a la órbita concreta de la Medicina, sino que trascendió hasta ocupar la Presidencia de la Diputación Provincial.

Yo me hice cargo de la plaza de Medicina General, en el Ambulatorio de San Roque de la Seguridad Social, que Juan Solís venía atendiendo; allí pude comprobar las trazas de su buen quehacer y los comentarios favorables de los enfermos hacia su persona.

II

De *Paco Mateas* siempre tendré que decir cosas buenas en su paso por el Servicio; al fin y al cabo, era el primer responsable ante Sillero de la eficacia de todos y cada uno de los miembros que nos iniciábamos allí, mostrándonos la verdadera praxis ante el enfermo; máxime en mi caso, porque colaboraba con él en el Servicio de Urgencias de la Seguridad Social, bien sustituyéndole o haciendo la guardia de 5 tarde a 8 mañana (sin practicante) que correspondía a su fallecido cuñado Ramón Ruiz Siles.

Más en concreto, quisiera evocar una anécdota, para escarnio de alguno que otro y broma general, pero verídica —como diría el humorista Paco Gandía—, de cuando un gitano famo-

so en Jaén, apodado «la Juanita» por sus tendencias sexuales, le perseguía con empeño, pues él quería que le viera el Dr. Mateas. Paco (un tanto mosqueado) le respondía que, pese a su evidente condición de afeminado, era en la consulta de hombres, a cargo de D. Tomás Fernández Cañadas, donde debía ser atendido. El caso es que repitió los intentos de ser explorado por Paco Mateas, a los que éste respondió con contundencia. Claro que en aquellos tiempos Paco era un soltero muy cotizado por las féminas....

Otro sucedido fue el de un enfermo mental que nos enviaron desde el Sanatorio de «Los Prados» a consultas externas; no recuerdo por qué motivo, si es que lo hubo. El caso es que el paciente se puso intranquilo, nervioso, una situación que fue incrementándose hasta alcanzar la categoría de furioso, en verdad peligroso; al menos así lo entendimos muchos de los que estábamos en el despacho del Jefe. Las puertas de salida y de acceso a Rayos X sirvieron al personal para su retirada, quedando sola en la habitación una enfermera, María Antonia Plaza. Sin inmutarse y con autoridad, asíó al enfermo enfurecido por el cuero cabelludo y un brazo, reduciéndolo; cuando la situación estaba resuelta, nos avisó de que ya podíamos volver al despacho, pues el peligro había desaparecido. Creo que más de uno recordará la lección de entereza de María Antonia.

III

De *Miguel Valverde* he de decir que él fue quien me dio la alternativa en

eso de las guardias, pues me cedió la primera guardia que yo hice en mi vida, en la fiesta de Todos los Santos, quiero recordar. No ocurrió nada de interés en la misma, pero lo que no se me olvida es el miedo que pasé entonces, a cuenta de mi inexperiencia y desconocimiento. De Miguel, evoco asimismo sus visitas a los pacientes militares, de los que fue responsable durante una buena temporada, así como de sus historias clínicas, en las que —con una letra todavía más garabata que la mía, muy difícilmente interpretable— expresaba tanto la anamnesis como la exploración clínica; eso sí, reflejaba lo sobresaliente y más importante de manera casi telegráfica pero certera. Y tras haber criado en mi casa cinco hijos y algunos nietos, aún recuerdo con especial cariño cuando él se interesaba por el estado de su primer hijo, de cómo había pasado la noche o cómo tomaba el biberón y hacía sus necesidades.

IV

Paco Fernández quedó prendido en las redes de la Medicina Interna, cuando en realidad iba para pediatra. Con sus salidas, sus viajes, etc., siempre se hallaba algo fuera de juego, hasta que la realidad profesional le impuso frenarse «algo» y sentó bastante sus reales, como se dice. No obstante, Paco ha seguido viajando lo suyo a congresos y reuniones diversas, al punto que dudo que haya algún compañero que conozca más sitios que él. De los inicios, recuerdo nuestros viajes a Torredonjimeno, su pueblo natal; y además de sus intentos de aprender

a jugar al tenis en la pista de Cementos Alba, no puedo dejar de evocar la casa de D. Ángel y Doña Victoria, sus padres, siempre bien abierta para los amigos de sus hijos, así como las visitas y tertulias del Regina, con sus amigos del pueblo.

V

Juan Bautista Armenteros siempre mostró sus inclinaciones hacia la Cardiología, pasando por diversas etapas en la misma; pero, en adición, realizó las tareas del internista hasta su plena dedicación cardiológica. Acaso lo más llamativo de mis recuerdos, en relación con el Jefe, sucedió con ocasión de una sesión clínica, en la cual tratábamos de hacer ver al Jefe que todo el mundo le tuteaba y, sin embargo, nosotros seguíamos hablando de «*don José*» y de «*usted*». La cuestión, que comenzó sin más importancia, casi sin interés, fue alcanzando niveles o tintes de exigencia hacia el Jefe, para que los médicos del Servicio también le tuteáramos, normalizando de tal modo nuestra relación de compañeros médicos como en otros establecimientos o grupos acontecía. La cuestión es que el Dr. Sillero vio bien el nuevo trato, propuesto por Juan Bautista principalmente, aunque creo que suscrito por todos los presentes. Mas a reglón seguido ocurrió lo inesperado, porque el propio Juan Bautista, si cabe elevando su tono de voz, confesó que se sentía muy a gusto hablando de Vd. al Jefe y llamándole don José, que era como le trataría en el futuro. Las risas salieron a flote y la sangre no llegó al río. De modo que éste es mi

amigo Juan, mi amigo del alma, mi vecino de siempre. Con razón entiendo fácilmente lo que me contaba «de sus sobrinos de la Seguridad Social».

VI

El doctor Ramos, *José Luis Ramos*, es otro de internista del Servicio, y de él quisiera referir lo que le sucedió (y que en no pocas ocasiones también nos había pasado a más de uno, por no decir a la mayor parte de los miembros del Servicio). No hay lugar a dudas de que la estrella del grupo, que más atraía a los usuarios, era el Dr. Sillero, incluso menudeando las recomendaciones de pacientes para que les atendiera él personalmente. El caso es que a José Luis se le enfrentó una familia al visitarlo en consulta externa, reprochándole que ellos habían pagado (unas simbólicas 90 pesetas, que era lo que abonaban los que entonces se llamaban «distinguidos») para que les atendiera Sillero; como lo había hecho un ayudante, exigían la devolución de su dinero. Con toda la parsimonia de que era capaz, José Luis trató de explicarles que el Servicio funcionaba así, que al final del estudio el resultado global lo evaluaba el Dr. Sillero, y que estuvieran tranquilos. La familia toda —quiero recordar que era de *Torredelcampo*— no atendía a las justas razones y seguía en sus trece con lo de ayudante. En esta tesitura, cansado ya de dar explicaciones, José Luis dijo que se les iba a devolver el importe de la consulta «*por haberles visto un ayudante*» pero que estaban completamente equivocados porque el verdadero ayu-

dante nuestro era justamente el Dr. Sillero, que siempre acudía en caso de dudas en cuanto al manejo del paciente. Y así quedó la cosa. Suscribo las palabras de Ramos a los torrecampeños, pero la psicología de estos queridos vecinos es ciertamente peculiar.

VII

Con *Eusebio Suárez* he congeniado en muy diversas facetas y aficiones. Sus inclinaciones endocrinológicas han sido similares a las mías, y en muchas ocasiones hemos hecho equipo en el Servicio, bien en consulta o en plantas de internamiento. Siempre ha comentado que éramos los monos del grupo, en el sentido de que se nos asignaba el papel de comodín de la baraja, realizando la tarea de cualquier otro compañero (lo que de paso, pone en valor al internista, capaz de una notable polivalencia). Las vivencias con Eusebio han sido muchas y variadas, desde formar parte del Tribunal que le examinó para su ingreso como miembro del hospital, a su condición de médico de la Seguridad Social, sus incidencias familiares, y la tarea común de colaboración en el dramático curso de una monja excepcional, Sor Elena Bernal, que por cierto fue capaz de diagnosticar su fatal enfermedad hematológica sin que se le informase, declarándola ella con una sonrisa en los labios. Debo añadir que, al igual que yo sustituí a Juan Solís en San Roque, él tomó mi relevo en la misma plaza, y que ello nos dio pretexto para comentar vicisitudes de enfermos comunes. Por último, Eusebio es, desde

hace bastante tiempo, mi médico de cabecera; no puedo por tanto hablar mal de él.

VIII

Con *Antonio Liébana* siempre he tenido buena sintonía, pues su espíritu laborioso hacía muy fácil la relación y nos permitía, concluido el deber, departir y disfrutar de su buen sentido del humor, bromista en general y con muy fina ironía. Hace pocas fechas, todavía me recordaba con quejas el despacho que ocupó en el antiguo San Juan de Dios, en el que malos olores y desagradables ruidos –producto de un habitáculo anejo en que engordaban cerdos–, hacían poco grato el trabajo en la consulta. Todo lo cual era verdad, aunque pronto se vio liberado por el traslado al nuevo hospital, el Princesa de España. Liébana tenía la costumbre de quedarse en el mes de agosto trabajando en el Servicio: como yo mismo; pensaba que así disfrutábamos de dos meses de vacaciones. Las ocurrencias de Antonio.

IX

Con el nombre de *José Luis Barella*, resuenan algunas de sus rasgos personales: laboriosidad, deseo de aprender y campechanía para todos en el hospital. A su tenor, voy a relatar una anécdota que no presencié, pero que me relataron con pelos y señales. Nos situamos en un quirófano, muy de mañana, donde unos cirujanos se afanan por recomponer de la mejor manera un caso muy complejo, acaso ingresado de urgencia poco tiempo

antes. La tensión se mastica en todos los actores del drama, cirujanos, anestesistas y enfermeras; el silencio solamente es roto por alguna petición del operador jefe.

En estas circunstancias, hace acto de presencia en el lugar José Luis Barella, con humor y un «buenos días» en sus labios. Se acerca a la mesa de operaciones y mirando por encima de los hombros de los protagonistas del drama, observa la amplia laparotomía en el paciente y la mediocre vitalidad del contenido visceral. Con su natural espontaneidad, todo lo que se le ocurre es exclamar: «*Jolín, chicos. Lo tenéis crudo*». Añadiendo: «*Pero lo estáis haciendo muy bien*». Se retira del centro del escenario, pero la mirada que le lanzan los cirujanos es cortante. D. Fermín Palma, Cirujano Jefe, pregunta sin inmutarse quién era aquella persona, a lo que le contestan que el médico de Funcionarios de la Diputación Provincial. El Dr. Palma, con su proverbial prudencia, no dice nada. Así que no se supo lo que pensaba de aquél intruso, bienintencionado pero acaso algo impertinente.

IX

En cuanto a las Monjas, debo al menos evocar aquí a Sor María Ortiz, Sor Josefa, Sor Florentina, Sor Matilde Aguirre, la mentada Sor Elena Bernal, Sor Victoria Aizpún, Sor Concepción Usón, Sor María Bayo, Sor Matilde del Laboratorio (a la que he saludado alguna vez en Madrid), entre otras.

Mención para dos Practicantes: Juan Castillo y Fernando Castro.

Y por lo que atañe a las Enfermeras, no puedo olvidar a María Esteban, María Antonia Plaza, Charo Jaraba, y Pilar Melero, además de las Auxiliares de Clínica de tan grato recuerdo y valía como Luisa, Lucía y Victoria, sin olvidar a Conchi, en los primeros años del CHPE.

A todas y todos, gracias por su colaboración y aguante. Con su recto quehacer, han dejado huella en nuestro corazón.

X

Cuando en la actualidad nos proponen una charla médica del tema que sea, resulta bastante fácil su confección, pues los medios informáticos nos han facilitado considerablemente su búsqueda y plasmación. Por ello, podríamos hablar con alivio de aquellos tiempos heroicos, por las circunstancias adversas en que nos desenvolvíamos en el Servicio. No fueron estos obstáculos barrera suficiente para que nuestros trabajos se vieran reflejados en las publicaciones del momento, o nutrieran nuestras mesas redondas y cursos de actualización.

Pensemos por un instante que cada cual tenía su máquina de escribir de marca diferente, sin apenas conocer mecanografía; que cuando querías añadir una novedad (circunstancia extremadamente frecuente en medicina) tenías que rehacer el trabajo; no había posibilidad de «cortar y pegar» como en el presente.

No me extendiendo en lo que concierne a la fabricación de diapositivas y también tarjetas para las proyecciones rudimentarias con el episcopio. Por eso, cuando el Dr. Sillero nos decía que tenía un banco de cuatro o seis temas médicos dispuestos para cualquier ocasión, yo quedaba maravillado de tal disposición y aún hoy día lo recuerdo con la misma admiración de entonces.

XI

Con el muy especial permiso de mi gran amigo *Felipe Molina*, experto en humor, ironía y poesía, y aceptando que él lo podría hacer mucho mejor que quien esto escribe, séanme permitido concluir con algunos rípios relativos a nuestra actividad hospitalaria:

*Y no cuento lo del pavo robado en noche lunera
por si los jefes de entonces toman nota de la afrenta
y quieren recuperar el botín de aquella empresa*

*Los que vivimos los hechos de aquella noche señera
con sólo nombrar el pavo recordamos las esencias
del asalto al gallinero sito en la misma leñera
en horas de madrugada, en plena noche de urgencias*

*Deseo ya ir terminando para no cansarles más
y expreso mi sentimiento por no poderles citar
a todos mis compañeros, de uno y otro hospital*

*con sus nombres y apellidos, pero sabed en verdad
que aunque no estén en la lista, en mi corazón sí que están.
Con un motivo o con otro, laboramos a la par
bien en charlas o en cursillos de alguna especialidad
o en las clínicas sesiones, propias de todo hospital
con la misma guía y norte, de atender con calidad
al único gran cliente de toda la Sanidad:
el Hombre y sus circunstancias de salud y enfermedad*

Antonio Salido Sánchez
